El derrumbe del segundo frente cierra el ciclo de la guerrilla y abre el de las FF.AA.

Tras afirmar que "ya había un poder detrás del trono" de Bordaberry, el autor se refiere a la captura de Raúl Sendic, y a lo que él califica de "cierre del capítulo tupamaro". En los seis meses que van de abril a setiembre de 1972 se produce el ocaso de la guerrilla urbana. Las Fuerzas Armadas crean su segundo frente, de carácter político, y el grupo castrense que lo lleva a cabo, lo hace a costa de la autoridad presidencial. Incluso, el autor narra las circunstancias que rodearon el arresto del líder

No desean ser el brazo armado de nadie, sino legítimar su propia espada. No aceptan volver a los cuarteles, no han encontrado en la guerra su razón de ser.

Un día se llevan a un actuario de un juzgado como secuestrado, reclamándole el expediente de la "infidencia", un escándalo político.

Armado en torno al presunto conocimiento anticipado de una devaluación, que salpicó a políticos y gobernantes. Nunca se probó nada, y la historia era absurda desde el principio al fin, pero se había mantenido como permanente motivo de escándalo. El juez que intervino en el caso había archivado el expediente un año antes. Ahora, en el cuartel se quiere reabrir el asunto.

Cuatro médicos, presos, son maltratados. Se denuncia persistentemente la situación desde tiempo atrás. El juez militar, coronel Ormesindo Rodríguez, ordena su libertad el cinco de octubre, pero la sentencia demora en ejecutarse. El ministro de Defensa comienza a tambalear y el presidente a vacilar. Trasciende en voz baja que el teniente coronel Omar Galdarcana, jefe del 60 de caballería, donde están los médicos, se niega a entregarlo. El jefe de la

"colorado". Jorge Batlle, como hecho confirmatorio de ese deterioro.

Esta serie de notas, originalmente escrita para **La Opinión**, está siendo distribuida en el exterior bajo un acuerdo de derechos con la agencia Latin y se publican simultáneamente con **Excelsior**, de México y con **El Nacional**, de Caracas.

La publicación de las mismas en **O Estado de Sao Paulo** fue impedida por la censura del gobierno brasileño.

Escribe Julio María Sanguinetti

región militar Nº 1, general Esteban Cristi, apoya a su comandante y el Ministerio reitera la orden por escrito.

Yo no tuve ni quise tener acceso directo a los episodios de esos días, demasiado sumergido en mis asuntos en el Ministerio de Educación, pero me llegan noticias y no puedo resistir. Le escribí entonces una carta al presidente. Le dije que del episodio saldrá, pero no así de este proceso de deterioro institucional en que se encuentra. "El presidente" públicamente va apareciendo —le dije— cada vez más sometido a esas presiones militares.

Se lo ve en permanente consulta. Se lo observa reunido constantemente con los mandos, pero nadie teme un golpe de estado del presidente, sino, por el contrario, se teme que él esté ya demasiado subordinado a ellos. "Es muy claro —le instó— que hay un grupo militar que está haciendo política y que la está haciendo a costa de la autoridad presidencial, en proceso de disminución creciente".

Le reclamó que haga una gran apertura política y busque apoyo

popular. El pueblo quiere saber. No pierdas su confianza. Y no pierdas las de todos los que estamos dispuestos a jugarlos para defender un gobierno en la plenitud de su goce, no una cojitranca autoridad compartida. Frondizi nunca supo el apoyo que hubiera tenido de haberse jugado, y lo fue perdiendo progresivamente.

Así te pasará a ti, inevitablemente, de seguir así. Hoy saldrás pero no la semana que viene. Cederás otro tramo.

Comprende que no te alcanza ya con cambiar piezas; ya eso se gastó con Magnani y con Legnani. Como se gastará ahora rápidamente salvo que los que vengan lo hagan para acatar simplemente.

Sólo una apertura política de ancha base, con movilización popular, puede romper el proceso. Si no, él seguirá, y el día que quieras jugar tu carta personal ya te será tarde.

Por supuesto, los médicos no serán liberados y el ministro Legnani se ve forzado a renunciar. Postumamente ha intentado relevar al coronel Trabal del Servicio de Información e Inteligencia y los generales se lo han impedido. Al propio Legnani se le ha dicho con claridad que existe ya un pacto entre todos los generales de impedir sus relevos y que ese pacto alcanza a Trabal.

El 25 de octubre, Jorge Batlle, líder colorado de la fracción más importante que apoyaba al presidente, hace una alocución en radio y televisión y pide aclaraciones sobre los expedientes judiciales recla-

mados coactivamente por el ejército y los tupamaros, que anda por la calle junto a oficiales, haciendo procedimientos.

Curiosamente, desde la izquierda, voceros comunistas y demócratas cristiano, miembros del mismo frente político en el Uruguay, alientan los excesos políticos de los militares, soñando con una errática inclinación hacia la izquierda.

Las palabras de Batlle desatan la crisis. El presidente forcejea con los mandos. El general Martínez, nuevo comandante jefe reclama la prisión del político, por "agravio a la fuerza moral del Ejército". Todo el día 26 se cabildea. El poder no está en ningún lado. De madrugada, el presidente sale a la televisión, con rostro cansado, a hablar.

Dice que se ha dispuesto a intimar a Batlle a que concrete sus acusaciones y que se ha dado cuenta a la justicia militar. Jorge Batlle ya está cercado por las tropas y el juez ordenará poco después su prisión. Hablo con el presidente y le reclamo garantías para el acusado, que fue candidato de mi grupo en la última elección. Me dice que tendrá todas las seguridades judiciales y que en 48 horas, por lo tanto, habrá procesamiento o libertad. Batlle está dispuesto a someterse a la justicia y le comunico al presidente que estará a su disposición a las 14.45 en el diario **Acción**, del que es director.

Desde allí es llevado preso. Cientos de amigos victorean su nombre y golpean los vehículos militares que lo conducen a la Región Militar en la Avenida Agraciada.

Jorge Batlle ya estaba preso y todavía las radios, seguían pasando un comunicado oficial requiriendo la colaboración de la población para su captura. Se deseaba exhibir el propósito de menoscabar al político.

Al día siguiente visitamos al presidente, en procura de una rápida salida. No la encontramos, salvo en una disposición personal que de nada servía. Los ministros políticamente solidarios con Batlle, renunciamos. Son tres acefalías: en Economía, Obras Públicas, y Educación y Cultura.

El domingo, al cumplirse las 48 horas del arresto, se produce un enfrentamiento violento. El presidente quiere definir la situación dentro del marco judicial. El juez debería decidir si comenzaba o no el proceso. El Ejército quiere seguir por la vía de hecho, dejando de lado lo que ya había sido un compromiso público del presidente y manteniendo al preso indefinidamente. Los comandantes de la Marina y de la Fuerza Aérea respaldan al presidente.

La situación llega a una tremenda tensión y se llega a temer un choque armado. "Puede correr sangre", amenaza el comandante del Ejército. "No seremos nosotros los responsables" afirman los otros. Finalmente, el Ejército cede y el juez inicia el proceso.

Batlle estuvo preso 24 días. En ellos se intentará por todos los medios vincularlo a los "grupos económicos"; es la imagen que se pretende crear de todos los políticos en general.

El gerente de la casa central del primer banco uruguayo, el Banco Comercial, es sacado encapuchado, en plena hora de oficina, a declarar en una dependencia de la inteligencia militar sobre los asuntos privados de Batlle. Nada encontrarán, pero es la primera vez en el país, en cien años, que alguien ha ido a la cárcel por "agravio a la fuerza moral del Ejército". Simplemente por haber pedido aclaración de procedimientos totalmente ajenos a las pacíficas costumbres cívicas del país. La marea se ha desbordado.

Próxima nota: "El poder se disuelve".

"Os ordeno no trabajar, sino combatir, os convido no a la paz, sino a la victoria..."

"Pretendéis que una buena causa santifica hasta la guerra misma?"

"Yo os digo: Es la buena guerra la que santifica toda causa".

Nietzsche ("Así hablaba Zaratustra").

El 10 de setiembre de 1972, cae preso Raúl Sendic. Una patrulla de la Marina lo captura, hiriéndolo de un balazo en el rostro, en una casa de la Ciudad Vieja montevideana. El iniciador del movimiento tupamaro, dos veces preso y fugado, caía ahora, junto con su organización, que se batía en retirada en todo el país. El segundo frente abierto por los tupamaros en el interior (Plan Tatú) era el escenario de la derrota final.

En los últimos seis meses, habían caído presos 1.276 guerrilleros tupamaros, 798 en el interior, 478 en Montevideo. De ellos, 72 son profesionales universitarios, 143 estudiantes avanzados, 111 maestros, 43 bancarios, 51 comerciantes e industriales; sólo 92 son obreros. Treinta y cinco tupamaros han sido muertos por las Fuerzas Conjuntas, 14 heridos, 103 escondites descubiertos, algunos de ellos verdaderos prodigios técnicos, con pisos rodantes y túneles ocultos. Por su parte, los tupamaros han dado muerte a 18 personas y herido a 25.

Cerrado el capítulo tupamaro, las fuerzas militares abren ahora, ellas sí, su propio segundo frente: el político. El 59 por ciento de la población cree que su actuación es buena o muy buena, el 15 por ciento que es regular y sólo un 5 por ciento la considera mala, según informan las encuestas Gallup.

"La lucha no ha terminado ni terminará, si además de extirpar el cáncer no emprendemos con igual energía la tarea". Con estas palabras, el brigadier Gauze describe el estado de ánimo de una oficialidad que ahora no quiere detenerse.

Los tupamaros han justificado su acción violenta en causas de orden económico y social. Tanto han machacado con su esquema, que sus aprehensores se han contagiado y sienten la necesidad de erradicar esas presuntas causas. Los malos, crueles en sus métodos, oficiales jóvenes que hicieron sus bodas de sangre con la violencia en las calles de Montevideo, son ahora los más exigentes en reclamar y exigir.